

José Revueltas

Los errores



Ediciones Era

Índice

- I. Mario Cobián, 13
- II. *Elena*, 24
- III. Jovita Layton, 34
- IV. Don Victorino, 47
- V. *Elena*, 52
- VI. Don Victorino, 60
- VII. Jacobo Ponce, 67
- VIII. El partido, 80
- IX. Olegario Chávez, 83
- X. Ismael Cabrera, 88
- XI. El Muñeco, 91
- XII. La Jaiba, 97
- XIII. Emilio Padilla, 103
- XIV. Luque, 110
- XV. Eusebio Cano, 117
- XVI. La Magnífica, 127

- XVII. Eladio Pintos, 139
- XVIII. El prestamista, 155
- XIX. Lucrecia, 169
- XX. Ólenka Delnova, 178
- XXI. Vittorio Amino, 190
- XXII. Magdalena, 201
- XXIII. Januario López, 216
- XXIV. Samuel Morfín, 230
- XXV. El bazar de antigüedades, 241
- XXVI. El comandante Villalobos, 253
- XXVII. El hombre y el Muñeco, 260

Epílogo

- El nudo ciego, 268

I. MARIO COBIÁN

Ahí a sus espaldas, visto en el cuadro del espejo, a unos cuantos pasos, entre las cobijas del camastro, dormía el pequeño cuerpo infantil, verdadero hasta lo alucinante, hasta la saciedad. Dentro de algunos minutos comenzarían todas las cosas, sin que ya nadie pudiera detenerlas, una detrás de otra, sometidas a su destino propio, extraordinarias y tangibles, más allá de esto, en una especie de infinito. Un infinito concreto e irreal como una borrachera. Comenzarían cuando se aproximara a despertarlo, esto era indudable. Cuando se aproximase a sacudir con la mejor de sus rabias, con ese odio, al pequeño cuerpo, para sacarlo de sus puercos sueños, los sueños viciosos en que estaría metido de la cabeza a los pies. El pequeño y sucio cuerpo de *Elena*.

Mario Cobián, inmóvil ante el espejo, dejó de mirar hacia el camastro para examinarse a sí mismo, concentrado, sin alterar para nada aquella inmovilidad atenta y colérica, las manos vueltas sobre el tocador, los brazos tensos, como quien se apoya en una tribuna. Sólo los ojos habían hecho un pequeño esguince hacia su propia figura, sobre la superficie del espejo, pero bastó para que los rabiosos sentimientos que le provocaba pensar en *Elena* se orientaran en un sentido por completo... diferente, no previsto, lleno de asociaciones confusas e inesperadas.

Le resultaba imposible decir qué era aquello: ese encontrarse con otra persona, esa metamorfosis en que apenas se reconocía. Pero sobre todo, no tanto por las alteraciones del disfraz (esto era lo de menos, como cuando se acude a una fiesta), sino por los actos a que el disfraz se destinaba. Una incertidumbre distante y vaga, algo todavía incrédulo respecto de la acción propuesta para el hombre del espejo, que también, sin remedio, era Mario Cobián. Hizo algunos gestos estúpidos e infantiles como si esperara una milagrosa desobediencia del espejo, una inopinada rebelión de aquella imagen esclava; pero la imagen estaba

ahí, estricta y fatal, esclavizándolo a su vez a estas nuevas relaciones con su propia persona y dentro de las que debía moverse de aquí en adelante, aunque fuera por un corto tiempo, mientras llevaba a cabo el plan.

Con todo, los gestos que el espejo había repetido no lograron disipar la sensación impune (como de cometer toda clase de locuras y extravagancias en un país extranjero que se abandonará al día siguiente), donde las cosas previstas, calculadas, que iban a ocurrir y que él realizaría, de cualquier modo no eran suyas, o no suyas por completo, volviéndose autónomas e impersonales, igual que a través de un estado de sordera en el que también hubiese perdido el tacto. Se miraba entonces con una especie de cariño compasivo y orgulloso, sin delicto alguno, absuelto de antemano por aquella irrealidad blanca e inexorable en que existía esa amnesia del futuro que sin duda debe sobrevénirles a los condenados a muerte, poco antes de la ejecución, cuando se abandonan y marchan al patíbulo ya desdoblados y vacíos a fuerza de olvido, puros de tanto pensar que no son ellos mismos. Una inocencia llena de ternura que lo impulsaba a buscarse más y más en el espejo con una valentía impúdica y tranquila, seguro de no encontrarse, asombrado. Sonrió. He aquí, empero, unos rasgos: aunque tampoco suyos, tampoco pertenecientes en forma estricta a su persona. Más bien como un recordatorio, como si tuviesen por sí mismos una memoria que ejercer, adrede, puestos ahí por un pasado anterior a su propia vida, anterior a su nacimiento: los rasgos del rostro de su madre, predestinados para él desde antes que se le engendrara, desde las misteriosas premoniciones de la vigilancia y del deseo. Aquella nariz fina y el labio superior ligeramente enhiesto de su madre, hoy tan absolutamente más querida que nunca. Ahí estaba ella en el espejo, asomándose desde el fondo de su hijo como por una ventana sin culpa, bendiciéndolo desde las profundas aguas de la muerte. Mario Cobián sintió que un nudo de agradecimiento tembloroso le apretaba la garganta con aquella piedad e indulgencia sin límites que era ahí su madre, sobre sus propios rasgos. Ella lo acompañaría, ella lo protegería con su presencia invisible e íntima, a lo largo de esta aventura suprema, en la consumación de cada detalle, desde el principio hasta el fin, sin dejarlo de su mano. Mas de pronto ya no eran únicamente la hermosa nariz ni el provocativo labio superior lo que Mario miraba en el espejo, sino su madre total, completa, semejante a una especie de transmigración hacia su propia figura, como si aquel disfraz lo aproximara más cabalmente al parecido

con ella, en lugar de alejarlo: era el anuncio de que no estaba solo, de que su madre aprobaba lo que iba a suceder, estaba de acuerdo con el plan.

Pero la imagen había sido una ilusión instantánea, fugaz, y el espejo volvió a ser aquella superficie desolada con Mario Cobián dentro. Por lo pronto ya no era aquel otro hombre, de unas horas antes, con aquella gran melena de rizos que, con tan deliberada y poco varonil coquetería, se alborotaba él mismo sobre la cabeza, en cuidadosas ondas desiguales hacia los lados y en la parte superior, todas las noches, antes de salir a la calle. Lo lamentaba, pero con tranquila resignación, tan sólo por cuanto al cabello, que tardaría en crecer y retomar su antigua forma; no así respecto de sus trajes, con esos vistosos pantalones, anchos en la cintura y angostos en los tobillos, y esos sacos espectaculares, de abultadas hombreras, que en cualquier momento podría volverse a poner únicamente con quererlo. El pelo corto, la corbata oscura y deslucida, amén del traje café, enjuto y decorosamente pobre, le daban la figura justa del agente viajero por el que quería hacerse pasar.

Treinta minutos antes, al registrarse en el hotel, resistió la prueba. Es decir, la resistió el administrador. Éste le había dirigido una mirada sin malicia y tuvo hacia él ese servilismo cauteloso, intermedio, equidistante al descaro ruin con que debía tratar a la prostituta de poca clientela que ocupara algún cuarto, y la sonora, activa obsequiosidad con que en los hoteles se recibe al evidente provinciano, en espera de poder sacarle todo el dinero que se pueda. No, ninguno de los dos extremos; ni como a una prostituta ni como a fuereño. Debía tener la apariencia exacta, se dijo entonces, o que por lo menos era ya la exacta ante los ojos del administrador, ante el primer testigo.

Le causó risa haber pensado, comparativamente, en el trato que reciben esas prostitutas pobres alojadas en los hoteles de tercera. Vienen, van, hacen la calle. Cualquiera pensaría que pagan su cuarto, en última instancia, acostándose con el administrador, cansadas, desesperadas al no encontrar cliente. Pero le tienen miedo, el administrador las odia, las vigila, les exige, y ellas más bien son horribles, en absoluto sin nada con que defenderse.

Algo más que un primer testigo: alguien que lo situaba, que le daba una realidad, que con su aceptación lo hacía entrar del modo más firme en su propio desdoblamiento, ahora sin escapatoria. En efecto, lo había mirado como a una cosa ya resuelta, un hecho establecido. Una mirada sin mácula que no traslucía sino el cansancio de poner en juego ese servilismo de tipo menor

que merece un agente viajero, además visto por primera vez. Había echado también una ojeada al equipaje, aquella especie de baúl ventrudo, de cuero viejo, y la otra maleta, más pequeña.

—Se paga por adelantado —dijo.

No podía resultar más perfecto, hasta por esa desconfianza: los agentes viajeros auténticos —los desconocidos— suelen salir del hotel, maleta en mano, a pretexto de que ahí llevan sus muestras comerciales, desaparecen para siempre y, en suma, no dejaron en prenda sino una destartada caja de cartón vacía en el cuarto. Pagó, por supuesto. La prueba estaba destinada al administrador: no era Mario ese agente viajero desconocido, sino el administrador quien lo convertía, quien lo comprobaba como tal, dándole su legítima carta de naturaleza.

El hombre se ofreció a cargar con el equipaje.

—Ésta la llevo yo —opuso Mario por la maleta pequeña—, la llevo yo, no se moleste —por supuesto era la maleta que no tenía importancia, pero a la que debía tratar como un tesoro.

Estaba hecho, de todos modos. Aun cuando Mario ya no hubiera querido ir más adelante, estaba hecho, no podía haber la menor duda.

Se veía dentro del marco del espejo como si aquella imagen suya, a la que se abandonaba tan provisionalmente, no fuese sino un préstamo, la cantidad que necesitaba para su rescate, resuelto de antemano, en su fuero interno, como cuestión de honor, a devolverla con creces, de mil modos, con aquella nueva vida que se proponía llevar, con aquella ruptura consigo mismo, con su pasado, con todo el infierno. A la luz de estos propósitos, el sobrenombre con el que se le conocía en su mundo era lo que cobraba ante sus ojos un sentido más insólito y más aparte de su ser. Reflejado en el espejo como un simple agente de ventas, pero también de este lado, donde estaba el Mario Cobián real, irreflejable y secreto, aquel conjunto de hechos, situaciones y relaciones que era El Muñeco, como lo llamaban, se había transformado en una noción distante, casi inverosímil, que no podía ver sino con una extrañeza llena de admiración.

“Voy a convertirme en rata —se dijo—, me voy a volver un rata, pero nada más por esta vez y ahí queda. . .”

Por esta vez tan sólo, como el jugador empedernido que hace su última apuesta: una sensación enervante y amorosa, llena de fe en la nobleza y la bondad de aquel acto supremo y definitivo que lo hará cambiar de vida. Se iba a convertir en otra cosa, iba a cambiar de rumbo, pero no únicamente por el robo que estaba a punto de cometer y cuyo plan había comenzado a ponerse en